

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LOS PRINCIPALES INDICADORES DEL CAPITAL SOCIAL EN LOS ALBORES DEL SIGLO XXI VENEZOLANO

Herbert Koeneke¹

Daniel Varnagy²

UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR

Resumen:

El crecimiento del capital social ha sido considerado a menudo como una panacea para enfrentar los males existentes en una sociedad. La realidad es que este fenómeno puede tener repercusiones positivas o negativas para el conjunto de sus miembros. En Venezuela, factores de largo arraigo, como la desconfianza interpersonal y la prevalencia del locus de control externo, han servido de obstáculo para la expansión de su vertiente positiva. Partiendo de estos antecedentes, se describe la situación actual de estas orientaciones y, sobre la base en estudios longitudinales de opinión pública realizados a lo largo de tres décadas (1973-2003), se exploran las perspectivas de evolución del capital social positivo.

Palabras claves: Capital social, confianza interpersonal, reciprocidad, radio de confianza, locus de control interno y externo, Venezuela.

I. INTRODUCCIÓN

En este trabajo se analiza, con base en mediciones realizadas a lo largo de tres décadas, el desenvolvimiento de los principales factores que inciden en la conformación de las redes sociales que, según diversos autores (Bourdieu, 1983; Coleman, 1988; Inglehart, 1988 y 1990; Putnam, 2000, entre otros), constituyen el asidero de lo que se conoce como "capital social positivo". Existen diversos enfoques sobre el análisis del capital social y en general de la cultura política, que pueden ser reducidos en términos generales a dos: el cualitativo-etnográfico y el cuantitativo o de opinión pública. Hemos elegido para este trabajo el análisis cuantitativo, que permitirá mostrar cómo han evolucionado los valores de los elementos del capital social indagados y medidos en diversas encuestas a lo largo de esos treinta años (1973-2003).

El capital social, entendido como aquellas redes interpersonales en las que las relaciones entre sus miembros o participantes están regidas por normas de

¹ hkoeneke@usb.ve / ² dvarnagy@usb.ve

reciprocidad y de confianza, ha tendido a ser evaluado en términos fundamentalmente positivos en virtud de que dichas conexiones redundan a favor de cada uno de ellos en forma individual y, por ende, del grupo en su conjunto. No obstante, como lo ha indicado Robert Putnam (2000: 20), ese capital puede generar externalidades que afectan, en términos de costos y/o beneficios, a otros individuos que no integran o forman parte de dichas redes.

Estas repercusiones o externalidades sobre terceros, de signo positivo o negativo, hacen del capital social un elemento neutro desde una perspectiva general o global. Y, de hecho, así fue planteado en 1988 por James Coleman, quien es considerado, luego de que el concepto fuese acuñado por L. J. Hanifan en 1916, como su principal divulgador y popularizador entre la comunidad académica. De acuerdo con la visión de Coleman, "la presencia de capital social facilita el logro de los objetivos de los actores, tanto si ellos son moral y socialmente deseables, como si no lo son" (Greeley, 1997: 589).

Aunque precisar o evaluar la deseabilidad de los objetivos perseguidos por los miembros de una red puede parecer a menudo una tarea muy sencilla o evidente, algo casi intuitivo, varios criterios objetivos han sido propuestos para distinguir el capital social positivo del negativo. Francis Fukuyama, por citar un caso, ha señalado que si bien las normas que producen capital social deben incluir virtudes como la veracidad y la honestidad, es el alcance o el radio de confianza de dichas normas de cooperación lo que define su impacto social. A manera de ejemplo, este autor señala que "la Mafia y el Ku Klux Klan forman parte de la sociedad civil norteamericana; ambas poseen capital social y ambas son negativas para la salud de la sociedad en su conjunto" (Fukuyama, 2000: 100). El alcance de la confianza interpersonal, reducida a pequeños grupos delincuenciales en el primer caso y racistas en el segundo, define la negatividad de este capital social.

Robert Putnam, por su parte, ha distinguido entre la construcción de redes inclusivas, capaces de ampliar las identidades de sus integrantes (*bridging*), y el enlace o creación de redes excluyentes (*bonding*), que refuerza identidades intra-grupales específicas o limitadas. En el primer caso, el capital social puede ampliar las conexiones personales y las acciones de reciprocidad, mientras que en el segundo, al "generarse una fuerte lealtad interna (*strong in-group loyalty*), se pueden generar también fuertes antagonismos frente a otros (*strong out-group antagonism*)" (Putnam, 2000: 23). El Movimiento de los Derechos Civiles en Estados Unidos es citado por el autor como un ejemplo del primer tipo, en tanto que los grupos de fraternidades étnicas y los exclusivos country clubs son mencionados como ejemplos del segundo.

Otro autor, Pierre Bourdieu (1983), considera al capital social como el recurso utilizado por los miembros de la sociedad para ejecutar estrategias conducentes al mantenimiento o el cambio de posiciones jerárquicas dentro de las estructuras sociales. Esto significa, en el caso que nos ocupa, que un manejo ético, en el sentido kantiano, contribuiría a la creación y consolidación de redes de relaciones positivas, conocidas como "capital social positivo".

II. CONCOMITANTES DEL CAPITAL SOCIAL POSITIVO

Si el capital social consiste en la existencia de redes de individuos que interactúan sobre la base de la confianza y de la reciprocidad, su versión o tipo positivo se halla asociado, más allá de su radio de confianza o carácter inclusivo, con diversos factores antecedentes y consecuentes que contrastan con los del tipo negativo y que sirven, por consiguiente, para diferenciar al uno del otro. Los mencionados a continuación, que serán objeto de análisis en este trabajo, se encuentran entre los de mayor importancia para una sociedad desde una perspectiva global:

1. La presencia de elevados niveles de confianza interpersonal, capaces de promover patrones generalizados de reciprocidad, basados en el siguiente razonamiento: "Hoy haré esto por ti, sin esperar de tu parte un retorno específico por ello, pero con la convicción de que alguien hará algo por mí a lo largo del camino" (Putnam, 2000: 21).
2. Una extensa membresía en asociaciones voluntarias que persigan objetivos de amplia aceptación ciudadana, es decir, con fines de interés común.
3. La prevalencia entre la mayoría de la población del locus de control interno, es decir, la creencia de que los eventos que afectan a los individuos se hallan bajo el control y la responsabilidad de cada uno de ellos, gracias a sus conocimientos, habilidades y comportamiento. Las personas caracterizadas por el locus externo atribuyen, en contraste, la ocurrencia de tales eventos a la suerte, al azar o a poderes que se encuentran fuera de su control (Worchel y Cooper, 1976: 90).

III. LA CONFIANZA INTERPERSONAL

Este factor no solo promueve, como se apuntó, una conducta de reciprocidad extensiva o generalizada, sino que tiene además repercusiones sobre la cultura en general y sobre la cultura política en particular. La participación en movimientos y organizaciones políticas, por ejemplo, supone que las personas prevén o anticipan un comportamiento cooperativo y de apoyo mutuo como lo esencial o característico de sus miembros, es decir, que se confía en ellos; la

desconfianza interpersonal, por el contrario, inhibe o limita la decisión de participar en el ámbito político (Gergen y Ullman, 1977: 424).

Esta desconfianza también ha sido asociada con el criticismo y el escepticismo ciudadano hacia los políticos y hacia los gobiernos: si no se confía en las intenciones y responsabilidades de los demás en términos generales, resulta poco probable que se pueda creer en las intenciones de gobernantes y opositores o que se evalúen favorablemente sus ofertas y sus acciones o logros.

En Venezuela, desde que se iniciaron los estudios empíricos y sistemáticos de opinión pública en 1973, la expresión de desconfianza interpersonal ha sido muy elevada, habiendo ascendido entonces a 91% el número de quienes, dentro de una muestra representativa nacional, señalaban que se debe "pelar el ojo" antes que confiar en los demás. Adicionalmente, 84% de los encuestados coincidía con la afirmación de que si uno se descuida, otros sacarán provecho de ello (Baloyra y Martz, 1979). Aunque los niveles de desconfianza han tendido a disminuir muy gradualmente desde entonces, todavía resultan elevados al compararlos con los de otros países. Por ejemplo, en Estados Unidos, un estudio del National Opinion Research Center (NORC) halló que, en 1972, el 52% de una muestra representativa de su población se inclinaba por la opción de desconfianza ("Uno nunca es lo suficientemente cauteloso en el trato con los demás"), frente a la opción de confianza ("Se puede confiar en la mayoría de las personas"), cifra negativa que se incrementó a 59% en 1994 (Lane, 2000: 27).

A continuación se presentan datos que si bien evidencian una tendencia declinante de la desconfianza interpersonal entre los venezolanos, también dejan en claro que esta orientación continúa siendo claramente mayoritaria, lo que repercute de manera negativa en el crecimiento o expansión del capital social positivo.

Tabla No. 1: Confianza interpersonal

	<i>EMV 1996</i>	<i>Redpol 1999</i>	<i>EMV 2000</i>
<i>Respuestas</i>			
Sí se puede confiar en la gente	14%	14%	16%
No se puede confiar en la gente	86%	86%	84%
Total	100%	100%	100%
n	1200	1200	1200

Fuente: Estudio Mundial de Valores (1996, 2000) y RedPol (1999) en Varnagy (2003).

Con respecto al criticismo y al escepticismo político, que han sido vinculados con la desconfianza interpersonal, los datos recabados en 1973 por los autores citados resultan contundentes. Así, ante la pregunta de si los gobiernos de los últimos 15 años han hecho lo correcto, 69% respondió que pocas veces o casi nunca, mientras 25% se inclinaba por contestar que casi siempre o con frecuen-

cia lo habían hecho. Las opiniones sobre los políticos resultaron aún más negativas: mientras 81% apoyaba la proposición de que “los políticos siempre engañan a la gente”, apenas 11% la rechazaba. En relación con las organizaciones partidistas, 74% estuvo de acuerdo con la afirmación de que éstas “siempre están controladas por un pequeño grupito que sólo se ocupa de sus intereses”, en contraste con 12% que manifestaba su desacuerdo con ella. Finalmente, a pesar de que 1973 era un año electoral, sólo 22% de los encuestados afirmó haber hecho algún tipo de trabajo voluntario por su partido o candidato favorito, frente a 78% que dijo no haberlo hecho (Baloyra y Martz, 1979).

Para 1996, el 84% de una muestra representativa del Área Metropolitana de Caracas decía desconfiar de los partidos políticos, frente a 16% que alegaba confiar en ellos (Consultores 21, 1998). En 2003, casi las tres cuartas partes (74%) de los integrantes de una muestra de la población nacional expresaba poca o ninguna confianza en los partidos políticos, en contraste con 5,1% que les confería mucha o bastante confianza y 19,1% que les otorgaba algo de confianza (Vargas y Reverón, 2003) Estos datos ponen en evidencia que la marcada orientación crítica y escéptica de los venezolanos hacia lo político es muy anterior al llamado auge de la antipolítica, esto es, de la crítica aguda y sostenida al *establishment* partidista y gubernamental a través de los medios de comunicación social, que se habría iniciado en la década de los ochenta a raíz de eventos como el llamado “viernes negro” de 1983 y “el caracazo” de 1989.

Conviene destacar, antes de concluir esta sección, que la falta de confianza interpersonal, además de su impacto promotor del escepticismo político, ha sido vinculada con el proceso que en Venezuela se denominó “cogollismo”, es decir, la toma de decisiones por las cúpulas partidistas sin consultar con los funcionarios medios y con las bases militantes, cuyos conocimientos, intenciones e influencia eran a menudo desestimados por la alta “nomenklatura”. Esta discrecionalidad de los jefes partidistas ha alentado también la llamada política de los “cambures”, traducida en la contratación de personal excedente y a menudo no calificado, pero integrado a las redes clientelares de dichas cúpulas (cf Rusque, 2005: 199). Una dinámica como esta, de exclusión de funcionarios competentes y de inclusión de allegados o amigos, se ha traducido en ineficientes “políticas de conciliábulo”, sujetas inevitablemente a remiendos o enmiendas ulteriores (Grupo Roraima, 1987).

IV. LA MEMBRESÍA EN ASOCIACIONES VOLUNTARIAS CON OBJETIVOS DE INTERÉS COMÚN

La pertenencia o participación ciudadana en organizaciones sin fines de lucro y promotoras del interés común ha sido tradicionalmente baja en Venezuela.

En este sentido, un estudio realizado por Consultores 21 a mediados de la década pasada para la Fundación Pensamiento y Acción (1996), encontró que sólo el 37% de una muestra representativa de los habitantes de Caracas, Maracaibo y Mérida decía pertenecer o participar en algún tipo de organización social. Las Iglesias fueron las instituciones con mayor grado de pertenencia o afiliación, con un 51% dentro del 37% que se identificaba como participante o miembro, lo que equivale al 18,9% del total de los encuestados. Los clubes o asociaciones deportivas ocuparon el segundo puesto (24% de los auto-definidos como participantes, equivalente al 8,9% del total de la muestra), seguidos por los sindicatos y asociaciones profesionales (23% y 8,5%, respectivamente) y por las asociaciones de vecinos (20% y 7,4%).

Más recientemente, en 2003, un estudio ya citado con una muestra probabilística de la población nacional arrojó los siguientes resultados: 26% de los entrevistados decía participar en organizaciones religiosas, frente a 74% que decía no hacerlo; 25% lo hacía en el caso de actividades deportivas y recreativas, mientras 75% afirmaba no tomar parte en ellas; 20% declaraba participar en juntas de vecinos o de condominio, en tanto que 80% no participaba en ellas; 19% y 81% fueron las respuestas afirmativa y negativa, respectivamente, en lo relativo a actividades educativas, artísticas o musicales; y 15% frente a 85% en el caso de acciones comunitarias para enfrentar problemas de pobreza, empleo y vivienda (Vargas y Reverón, 2003).

Aunque la pertenencia a organizaciones religiosas y las actividades realizadas en su seno han encarnado o representado la participación cívica más extendida entre los venezolanos durante la última década (involucrando a una cifra de entre 19 y 26% de la población), sus niveles son bajos en términos comparados. En Estados Unidos, por ejemplo, la membresía en organizaciones religiosas fluctuó entre 64 y 59% en los años que van de 1960 a 1990 (Bennett, 1994: 115). Esta diferencia tiene el potencial para promover, a su vez, diferencias en los niveles de capital social positivo existentes en una y otra nación, ya que, como lo ha indicado un reconocido especialista, las iglesias constituyen un "importante incubador de habilidades y normas cívicas, de intereses comunitarios y de reclutamiento cívico", además de que el involucramiento religioso es "un fuerte predictor de trabajos voluntarios y de filantropía" (Putnam, 2000: 66-67).

Es preciso señalar, finalmente, que en Venezuela algunos movimientos y organizaciones de la sociedad civil orientadas a promover la participación y la inclusión ciudadana para el logro de objetivos de interés común fueron a veces boicoteadas o sometidas a interferencias por organizaciones con fines muy particulares o sectarios, es decir, generadoras de capital social negativo. Tal ha sido la experiencia del movimiento vecinal, que tanto en el caso de la Federación de Asociaciones de Comunidades Urbanas (FACUR), fundada en 1971, como en el

de la Escuela de Vecinos, creada en 1980, fueron víctimas de la injerencia o penetración por partidos políticos, con fines esencialmente electorales (Ellner, 1999). Es justo anotar, no obstante, que existen otras experiencias obviamente exitosas de capital social positivo, como las ferias de consumo familiar iniciadas en el estado Lara en 1984 (cf. Kliksberg, 2000).

V. LA PREVALENCIA DEL LOCUS DE CONTROL INTERNO

La creencia o convicción sobre las capacidades propias para controlar o incidir en las situaciones y eventos que cada uno enfrenta o que debe enfrentar a lo largo de su vida tiene, como se ha dicho, una influencia decisiva sobre la participación ciudadana y, por ende, sobre el capital social prevaleciente en una comunidad. En este sentido, cuando la mayoría de las personas se hallan conscientes de sus habilidades y cuentan con la voluntad para enfrentar y tratar de resolver los problemas que las afectan individual y colectivamente (locus de control interno), se observa una tendencia a la proactividad, a la creación de redes sociales para solucionar los problemas y, por consiguiente, a la expansión del capital social positivo. Por el contrario, si la convicción mayoritaria es la de que dichos eventos son producto de factores o fuerzas no controlables por ellos, sino que obedecen al destino, a la suerte o a la influencia de algunos poderosos (locus de control externo), se genera una tendencia a la reactividad en lugar de la proactividad, así como a la alienación y a los sentimientos de desesperanza o indefensión (cf. Mayo y Rotter, 1974).

En la Venezuela de finales de los años 90, según un estudio sobre las causas de la pobreza realizado por investigadores de la Universidad Católica Andrés Bello con una muestra de más de 14.000 personas, el 58% de los entrevistados fue ubicado en la categoría de externos, mientras el 42% restante lo fue en la categoría de internos (UCAB, 2004: 84)².

El hecho de que una proporción mayoritaria de la población esté caracterizada por el locus de control externo puede convertirse en una limitación para que se expandan las redes sociales inclusivas y recíprocas, es decir, las bases del capital social positivo, al inhibir conductas proactivas; pero además tiene el potencial para promover el pesimismo y la desesperanza colectiva (cf. Lane, 2000: 30). Lo cual prepara el terreno, a su vez, para reforzar expectativas dadas y comportamientos peticionistas entre los sectores mayoritarios de orien-

² En un análisis previo con la misma muestra, publicado en 1999, Mikel de Viana, sj, al dicotomizar las respuestas relacionadas con la escala de locus de control, había contabilizado 88% de externos y 12% de internos, cf. UCAB (1999).

tación externa, con su contraparte de liderazgos y gobernantes paternalistas y de partidos políticos marcadamente clientelares. De nuevo, el estudio de Baloyra y Martz resulta ilustrativo al respecto: en 1973, el 84% de los venezolanos identificaba al sector público o estatal como el más idóneo para resolver los principales problemas del país (inflación, desempleo, delincuencia), en tanto que el 63% también lo consideraba como el principal actor para resolverles sus problemas personales. Sorprendentemente, no hubo diferencias estadísticamente significativas en las respuestas de las distintas clases sociales; en otras palabras, "la creencia de que el Estado tiene la responsabilidad primaria en la solución de los problemas personales y nacionales no está asociada con la estratificación social" (Baloyra y Martz, 1979: 59).

Treinta años después de realizado ese estudio, valga la acotación, el trabajo de Vargas y Reverón (2003) demostró no solo que la desconfianza en los partidos políticos permanecía en niveles muy elevados y que la participación ciudadana en organizaciones sociales era relativamente baja, sino también que los venezolanos encuestados expresaban significativamente más desconfianza (42%) que confianza (24%) en las organizaciones de la sociedad civil.

VI. PERSPECTIVAS

Los elevados niveles de desconfianza interpersonal, detectados ya en el estudio *benchmark* de 1973, y la prevalencia del locus de control externo entre la población, sumados a la tradicional apatía para participar en instituciones sociales con objetivos comunes, representan los principales obstáculos para la expansión del capital social positivo en Venezuela. Si a ello se suman una retórica populista entre la dirigencia política y una gestión paternalista de los gobernantes, el resultado probable es el fomento de redes o conexiones con repercusiones negativas para la sociedad en su conjunto.

Desde el 2003, el actual gobierno ha venido ejecutando una serie de programas, con el nombre de "misiones", para tratar de resolver problemas en áreas como la alimentación, la salud, la educación y el desempleo. Desde una perspectiva proselitista y electoral, es indudable que el resultado de esos programas ha sido beneficioso para el gobierno y para los sectores, especialmente populares, que se han beneficiado de ellos. De este modo, un estudio de DataAnálisis realizado en junio de 2005 encontró que 47% de los venezolanos hacían compras en Mercal, la misión destinada a la provisión y venta de productos alimenticios, con el 93% de ellos habiendo expresado satisfacción por el servicio que se les prestaba y por el precio de los productos que adquirirían (Barreiro, 2005: 2-1).

Por otra parte, en el Nuevo Mapa Estratégico, constituido por diez grandes objetivos y presentado por el Presidente Hugo Chávez en noviembre de 2004, se planteó como uno de ellos el avance rápido y continuo en la construcción de un nuevo modelo democrático de participación popular. Como objetivos específicos se enumeraron, entre otros, la construcción y consolidación de grupos y organizaciones que echen las bases para una nueva estructura social: reservas, unidades de batalla electoral (UBE), unidades de batalla endógenas como eventuales reemplazos de las anteriores, participación estudiantil en las misiones, creación del Ministerio de Participación Popular.

El Frente Francisco de Miranda, creado durante el segundo semestre de 2003 e inspirado en la Escuela de Luchadores Sociales de La Habana, encaja dentro de ese conjunto de organizaciones. Sus integrantes han sido enviados a Cuba para ser entrenados durante dos meses y medio y, a su regreso, incorporados en las distintas misiones que el gobierno implementó a partir de ese año. Según estimaciones periodísticas, unos 45.000 jóvenes habían sido incluidos en el Frente para mediados de 2006. Su desempeño en algunas de esas misiones, como la Misión Identidad, fue exitoso, habiendo logrado, en ese caso específico, ceder a 15 millones de personas a lo largo de tres años (Botía, 2006).

No obstante, ya para esta última fecha, apenas la tercera parte de los entrenados e incorporados al Frente durante el trienio permanecían en él. Denuncias de corrupción, de amiguismo y de mal manejo de las dietas asignadas a sus miembros (Bs. 350.000 mensuales), sumadas a divergencias ideológicas, se han traducido en masivas dimisiones y expulsiones (Ibid). La confianza y reciprocidad que contribuyen a generar capital social parecen haber estado ausentes de esta institución.

Con los Círculos Bolivarianos, cuyos primeros miembros fueron juramentados el 17 de diciembre de 1999 en un acto público en la Avenida Bolívar de Caracas, ha sucedido algo similar. La falta de recursos financieros, las manifestaciones de desconfianza entre sus miembros y dirigentes, así como los enfrentamientos con líderes de partidos políticos oficialistas condujeron a su fragmentación organizativa, habiendo dado paso a tres agrupaciones independientes entre sí: el Frente Nacional de Círculos Bolivarianos (FNCB), la Unión Nacional de Círculos Bolivarianos (UNCB) y la Red Nacional de Círculos Bolivarianos (RNCB). Esta última, de acuerdo con sus voceros, ha establecido una alianza con el Partido Comunista de Venezuela (PCV) para promover el sufragio por esta organización en comicios venideros y se hallaba en proceso de creación de comandos de defensa popular para enfrentar a quienes pretendieran boicotear las elecciones presidenciales de diciembre de 2006.

A manera de conclusión se puede señalar que los reducidos niveles en los indicadores básicos del capital social positivo, puestos en evidencia tanto por los estudios de opinión pública iniciados en 1973 y continuados a lo largo de más de tres décadas, como por los reportajes investigativos publicados en medios de comunicación social, no permiten ser muy optimistas con respecto a su inminente mejoría. No obstante, intentar mejorarlos constituye un importante reto para la dirigencia política y social del país.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Baloyra, Enrique y J. Martz (1979), *political attitudes in Venezuela: societal cleavages and political opinion*, University of Texas Press, Austin.
- Barreiro, Raquel C. (2005), "47,2% de la población hace compras en establecimientos de Mercal", *El Universal*, 31 de julio de 2005, 2-1, Caracas.
- Bennett, William (1994), *The index of leading cultural indicators*, Simon & Schuster, New York.
- Botía, Alejandro (2006), "El Frente Francisco de Miranda", *Últimas Noticias*, 16 de julio, Caracas.
- Bourdieu, Pierre (1983), "Forms of capital", *Handbook of theory and research for the sociology of education*, J. C. Richards (ed.), Greenwood Press, New York.
- Coleman, J. C. (1988), "Social capital in the creation of human capital", *American Journal of Sociology* 94, S95-S120, Chicago.
- Consultores 21 (1998), "De confianza e inconformidad", *Percepción 21*, Informe Analítico para Veneconomía Mensual, septiembre, Caracas.
- Ellner, Steve (1999), "Obstáculos a la consolidación del movimiento vecinal venezolano: La brecha entre lo nacional y lo local", *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Vol. 5, No. 1, Caracas.
- Fukuyama, Francis (2000), "Social capital", *Culture Matters*, editado por Lawrence Harrison y Samuel Huntington, Basic Books, New York.
- Gergen, Kenneth y M. Ullman (1977), "Socialization and the characterological basis of political activism", *Handbook of Political Socialization*, editado por Stanley Renshon, The Free Press, New York.

- Greeley, Andrew (1997), "Coleman revisited. Religious structures as a source of social capital", *American Behavioral Scientist*, Thousand Oaks, Vol. 40, No. 5, March-April.
- Grupo Roraima (1987), *Más y mejor democracia*, Cromotip, Caracas.
- Inglehart, Ronald (1988), "The renaissance of political culture", *American Political Science Review*, Vol 82, No. 4, Washington.
- (1990), *Culture shift in advanced industrial society*, Princeton, Princeton University Press, New Jersey.
- Kliksberg, Bernardo (2000), "El rol del capital social y de la cultura en el proceso de desarrollo", *Capital Social y Cultura: Claves Estratégicas para el Desarrollo*, compilado por B. Kliksberg y Luciano Tomassini, FCE/ BID, Buenos Aires.
- Lane, Robert (2000), *The Loss of Happiness in Market Democracies*, New Haven, University Press, Yale.
- Mayo, Pearl y J. Rotter (1974), "A personality correlate of social action", *Concepts in Psychology*, editado por P. Mussen y M. Rosenzweig, Mass D.C Heath and Co, Lexington.
- Pensamiento y Acción (1996), *Cultura Democrática en Venezuela*, Consultores 21, Caracas.
- Putnam, Robert (2000), *Bowling Alone*, Touchstone Books, New York.
- Rusque, Ana M. (2005), "Capacidad emprendedora y capital social", *Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura*, Vol. 11, No. 2, Caracas.
- UCAB (1999), *Pobreza: Un mal posible de superar*, UCAB/ Ex Libris, Caracas.
- (2004), *Detrás de la pobreza*, UCAB/ Ex Libris, Caracas.
- Vargas, Adolfo y Reverón, Zaira (2003), "Sondeo paralelo 2003: Opiniones y valores políticos de los venezolanos. Presente y futuro de nuestra democracia", *VICC/ Banco de Datos Poblacionales*, Universidad Simón Bolívar, Caracas.
- Varnagy, Daniel (2003), *Capital social y aspectos relacionados con la cultura política del venezolano*, Tesis Doctoral (Mención sobresaliente), Universidad Simón Bolívar, Caracas.
- Worchel, Stephen y Cooper, Joel (1976), *Understanding Social Psychology*, Homewood, The Dorsey Press, Illinois.